

Vida nueva de Max Aub

Ignacio Soldevila Durante

Revista de Occidente, nº 265, junio 2003, pp.25-37.

A su fallecimiento en 1972, Max Aub había podido disfrutar durante los últimos años de un evidente y favorable giro de fortuna en lo que se refiere a la publicación de su obra literaria. El público estaba haciendo una generosa acogida al regreso de los exiliados, con la manifiesta voluntad de recuperar la silenciada labor de tantos años, aunque fuese sometiéndola a los mezquinos arañazos de una censura que sólo había cambiado sus métodos, pero no sus claras intenciones de intolerancia respecto de cualquier manifestación crítica del franquismo y su mundo. Ciertamente desde el cambio de la ley no sólo se había substituido la censura previa obligatoria por un sometimiento voluntario de los textos que, de no realizarse, tendría más graves consecuencias para quienes publicaran libros en los que la crítica política tuviese cabida, sino que se había renunciado a aplicar los criterios morales que la intervención de la Iglesia había mantenido vigentes hasta ese cambio de ley. La voz del pueblo había detectado rápidamente el verdadero alcance de las nuevas medidas, con el dístico que decía, más o menos: “Con la nueva ley de Fraga, la mujer, hasta las bragas”.

Los editores, recurriendo a todas las posibles escapatorias, iba sacando y poniendo a disposición de ese sediento público lector una buena parte de la literatura del exilio. Por lo que a la obra de Aub se refiere, todo cuanto era posible editar o reeditar en España se estaba imprimiendo, y la eficaz labor de su agente literaria Carmen Balcells le daba la seguridad de que tarde o temprano toda su obra acabaría por publicarse. Aunque su regreso no estaba autorizado, la visita de tres meses que finalmente se le concedió, para silenciar las críticas que en la prensa europea se habían hecho a la empecinada resistencia a acordarle un visado, debía de servir a Aub para recuperar, aunque sólo fuera brevemente, la añorada patria. Pero no fue así, y en muchos de sus aspectos, este viaje fue una traumática experiencia de la que quedaría un amplio y duro testimonio en *La gallina ciega*, su diario de viaje, aparecido en México pocos meses antes de su muerte. Pero, por lo menos, pudo Aub comprobar que era

noticia para la prensa, y que ésta daba amplia cuenta de su presencia en el país. Pero en lo que respecta a sus esperanzas sobre el conocimiento que de su obra pudieran tener las jóvenes generaciones, parece evidente que no tuvo buena suerte en sus encuentros, y en el diario queda constancia de las fuertes desilusiones que sufrió y que le marcaron bastante más que las presentidas distancias que le separaban de sus coetáneos después de tantos años de incomunicación.

En cualquier caso, y en los años posteriores a su fallecimiento, se han ido reeditando todas sus obras, aunque, lamentablemente, los editores no se hayan preocupado de restituir los textos a su integridad original, por lo que ha habido que esperar a las pocas ediciones críticas aparecidas antes de la actual publicación de su obra completa, y a las ediciones de la Fundación Max Aub para que el legado literario de Aub vaya estando a la disposición de los estudiosos y de los lectores tal y como él los había publicado fuera de España. Más aún, se han editado textos que Aub había dejado recogidos para publicar en un volumen, y ese es el caso de *Cuerpos presentes*, una “galería de retratos literarios”, como la ha llamado José Carlos Mainer, que ha hecho el impecable estudio introductorio que acompaña esta publicación de 2001 editada por la Fundación Max Aub en su colección “Biblioteca Max Aub”. La Fundación, siguiendo ese modelo, ha editado igualmente otros libros con textos de Aub aunados por el nombre del escritor al que se refieren, y ese es el origen de *De Max Aub a Unamuno* (1998) y *De Max Aub a Cervantes* (1999).

No estoy tan seguro de que Aub hubiese dejado que se publicaran sin retoques las numerosas páginas de sus diarios personales que han ido apareciendo en tres volúmenes con iluminadores estudios preliminares y notas de Manuel Aznar Soler, dos de ellos en México, a cargo de la Editorial Conaculta (2000 y 2002), y otro en Barcelona, por la editorial Alba (1999), que también ha editado por primera vez en España *La gallina ciega* (1995), estudiado y anotado con igual fortuna por Aznar Soler. Mis dudas emanan precisamente de las precauciones que Aub tomó al publicar este diario o el de su viaje a La Habana –*Enero en Cuba*–, para no causar problemas u ofender a determinadas personas cuyos nombres eludió o los reemplazó con letras iniciales. Pero ya que sus herederos no han visto inconveniente en que se edite lo que, de cualquier modo, no es sino una selección de los diarios, los estudiosos de Aub disponemos en ellos de una ingente cantidad de datos, opiniones y comentarios que son

una preciosa ayuda para su mejor conocimiento. Y eso habían hecho, incluso antes de que aparecieran estas ediciones, dos investigadoras mexicanas de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, Josefina Rodríguez Plaza y Alejandra Herrera, al publicar en 1993 una *Antología de relatos y prosas breves* de Aub con largo texto titulado “Conversación post-mortem” que no es, por supuesto, una entrevista, sino una larga serie de extractos de los diarios inéditos, que van siendo utilizados a modo de respuestas a las preguntas que formula Josefina Rodríguez.

De estos diarios, pues, me he permitido utilizar algunos fragmentos para intentar comprender lo que le estaba ocurriendo a Aub desde su salida forzosa de España a propósito de su vocación literaria y del incierto futuro que le esperaba a su obra. En dos ocasiones y a una distancia de diez años (1943 y 1954), recuerda Aub una misma escena: en Valencia, en casa de su compañero de bachillerato y gran amigo, con quien también hubo de compartir el exilio, José Medina Echavarría, en la que estaban presentes otros dos amigos con vocación literaria. Alguien planteó la pregunta inevitable: ¿Para qué escribimos? Y Aub recuerda que, frente a las vacilaciones de sus amigos, él tuvo inmediata respuesta: “Para salvarme y ser famoso.”(1943) Y también:

“Me sorprendió la pregunta, porque, para mí, era tan obvio que lo creía compartido por todos los que se pusieran a escribir: la inmortalidad.(..) Ahora, a los cincuenta años, sigo en las mismas: escribo para permanecer en los manuales de literatura, para estar ahí, para vivir cuando haya muerto” (1954).

Es evidente que Aub, por la herencia agnóstica de sus padres y la propia, sólo tenía su esperanza puesta en esa forma vicaria de inmortalidad, que las ideas del unanimismo francés le habían confirmado: nadie muere verdaderamente hasta que desaparece el último que le recuerda. Lo tenía bien claro al menos desde la impactante lectura de *Mort de quelqu'un*, la novela de Jules Romains, a quien por cierto debía la carta de presentación para Enrique Díez Canedo que le abrió las puertas del mundo literario madrileño en 1922.

Pero las circunstancias en que vivía su exilio mexicano desde 1942 no propiciaban precisamente la confianza en su vocación y su arte. Separado de su público natural por obra y desgracia de la dictadura, , en una especie de vuelta atrás a lo que tuvo que vivir durante sus años juveniles, se había visto forzado a costear, con

actividades ajenas a su vocación, la edición de su incesante producción literaria, cuya temática, asumida por su imperativa necesidad de ser un testigo de las tribulaciones de España, era bien ajena a los intereses del público mexicano, y sólo podía aspirar al reducido círculo receptivo de los compañeros de exilio, la mayoría sujetos a las mismas privaciones y, en muchos casos, deseosos de rehacer sus vidas y de no reavivar la memoria de sus desgracias e infortunios. Desde septiembre de 1946, por otra parte, al llegar a México su mujer y sus tres hijas, la alegría del encuentro quedaba contrarrestada por la multiplicación de las necesidades cotidianas. Todavía en 1948 tiene que anotar en su diario estas palabras que escribe para su hija Carmen, que va a cumplir doce años: "No puedo hacerte ningún regalo porque no tengo dinero. Te lo digo por escrito para que te sea menos pesado. Lo único que te deseo es que vivas en un mundo en el cual, cuando tu hijo cumpla doce años, no sea un problema no tener dinero para hacerle un regalo". No extraña demasiado, pues, que anote estas duras reflexiones sobre sí mismo: "Nunca me engañé sobre mi talento; es un talento pequeño que he procurado cultivar lo mejor posible". Y a continuación enumera su mala memoria (que irónicamente dice ser uno de los motivos de su obsesión por escribir), su mal oído, que estaría en el origen de su incapacidad para producir una poesía que le satisfaga, escasa inteligencia, falta de originalidad en las ideas.. Sólo se concede capacidades para haber sido un erudito, "un señor muy enterado de alguna época remota" si en la encrucijada del final del bachillerato, no hubiera tomado la decisión de asumir su vocación literaria y mientras ésta no le diera para vivir, trabajar en el negocio de su padre, lo que tuvo que hacer hasta 1936. Y para rematar, lanzaba esta profecía que, habrá que decirlo hoy, delata su carencia de dones proféticos:

Tal y como está el mundo, y enfocando su futuro, no tengo nada que hacer en el espíritu de las generaciones que nos sucedan. Tal vez dentro de bastantes años, algún erudito se interese por lo que escribí, como reflejo de la época.

Y a modo de consuelo, tras de tan despiadados juicios sobre sí mismo, recurre a una coartada que la voz popular ha sintetizado en la proverbial afirmación: "Pobre pero honrado." Y lo hace al considerar que le habría sido posible cambiar su destino y alcanzar pronta fama y fortuna si, como otros, hubiera puesto su pluma al servicio de uno de los dos grandes bloques de poder que en aquellos tiempos se repartían el mundo. Pero como Aub, desde su juventud, fue miembro activo del partido

socialista, ni se le ocurre imaginarse optando por hacerlo al servicio del capitalismo, y sólo rechaza la opción comunista en estos términos:

“Pero no puedo, algo más fuerte que la razón directa que me llevaría a ser comunista me dice que no. Que esa ortopedia mental a la que condenan su mundo no puede rezar conmigo. Entonces uno se resigna a ser lo que es: un escritor desterrado, sin público, sin editor, sin dinero, obligado a hacer mil cosas que no le gustan con tal de vivir y hacer vivir modestamente a los suyos”

Estas afirmaciones, por el hecho mismo de no haber sido escritas para ser leídas por otros, bastarían, si falta hiciera, para evidenciar lo falso de las acusaciones que le llevaron en la Francia de Petain a los campos de concentración durante dos años, y que le persiguieron todavía muchos años después, viéndose rechazar sus primeras peticiones de visado para ir a su propio país de origen ya nuevamente democrático.

Es probable que si, a pesar de algunas pruebas evidentes de lo contrario, mantuvo en sus últimos años el pesimismo sobre su posible comunicación con las jóvenes generaciones y sobre el reconocimiento del alto valor de su obra, se debiera al muy precario estado de su salud. Cuando en 1972 realizó su segundo viaje a España me consta, por haberlo acompañado en diversas ocasiones, una de ellas a que le atendieran de urgencia en un hospital madrileño –que llevaba, ironías del destino, el nombre de Francisco Franco- estaba prácticamente convencido de que daba su último adiós a su país y a sus amigos. Ciertamente, no andaba equivocado y ese manifiesto pesimismo ilumina, por otra parte, lo pobres que resultan, a la hora de la verdad, esos consuelos del unanimismo y de la fama póstuma para personas tan vitalistas como era nuestro escritor.

Una fama a la que sería injusto no dar la parte de responsabilidad que le toca a un pequeño núcleo de maxaubistas de la primera hora, concentrados en torno a la entusiasta figura de Miguel Angel González Sanchís, profesor de literatura en el Instituto de Segorbe, y que en los primeros años de la democracia fue alcalde de la ciudad. En ello estaba cuando se supo que la biblioteca y los papeles de Aub eran accesibles, y que las autoridades de la Comunidad valenciana, por entonces del mismo partido que Aub, no parecían interesadas en adquirirlas. Consiguió González Sanchís convencer a sus concejales para invertir en la adquisición de ese patrimonio unos pocos millones de pesetas, y traérselos de México a Segorbe, donde se instalaron, con el apoyo

de la Fundación Caja Segorbe, y se pusieron muy pronto a la disposición de lectores e investigadores. Cara le había de costar la hazaña a su héroe, cuando los concejales coaligados, todavía ignorantes de los beneficios que iba a traer a Segorbe su empresa, le hicieron dejar la alcaldía por un voto de censura. Pero no por ello el desarrollo de lo que empezó siendo archivo y biblioteca Max Aub, y que en agosto de 1997, en presencia del Presidente del gobierno español, se transformó en la Fundación Max Aub, patrocinada por los organismos locales, regionales, comunitarios y estatales, que le garantizan un presupuesto anual en apoyo de sus ambiciosas realizaciones. Porque desde el primer día se han sucedido las innovaciones y las iniciativas de González Sanchís, siempre al frente de la fundación. Un concurso anual de narrativa breve que va ya por su décimoséptima y muy concurrida convocatoria, la edición de obras de Aub a un ritmo mínimo de una por año, recuperando obras que no habían sido editadas o reeditadas en España, como el indispensable tomo de ensayos políticos *Hablo como hombre*, puesto en manos tan expertas como las de Gonzalo Sobejano, o el ya mencionado inédito *Cuerpos presentes*, confiado a Mainer, otro gran conocedor de la literatura de nuestro tiempo. Bajo el marbete de "Biblioteca Max Aub" van apareciendo tomo tras tomo cuidadosamente editados. Y a veces con adestro, como en el caso de la reedición de *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco* (2001), que viene con un disco compacto en el que el propio Max Aub hace la lectura de su famoso cuento, además de una introducción de Eugenia Meyer, una investigadora que actualmente prepara desde México una monografía sobre el exilio mexicano de Aub. La Fundación da anualmente becas de investigación, estimula la creación poética en su región publicando anualmente unas antologías bajo el título de *Caminos de la palabra*, y edita un boletín que ha recuperado el título de la revista *Sala de Espera*, que Aub realizó durante tres años, y que la Fundación ha reeditado (2000) en facsímil con un prólogo de Manuel Aznar Soler. Cada año, con ocasión de la concesión del premio de narrativa en las fechas del aniversario de su nacimiento, acuden a Segorbe centenares de estudiantes de bachillerato de otros institutos regionales, para los que se organiza un espectáculo teatral y se distribuyen sendos ejemplares de las ediciones de Aub, sembrando así el territorio de los futuros lectores de Aub..

Tampoco fue ajena al impulso de Segorbe la organización del primer congreso internacional que sobre su obra se celebró conjuntamente en las dos universidades de Valencia más una jornada segorbina en 1993. En este congreso en

cuya organización participaron, con las universidades, el Ayuntamiento de Segorbe y el Archivo-Biblioteca, y con la colaboración de otros organismos y empresas, se presentaron más de setenta ponencias, comunicaciones y mesas de debate, poniéndose en evidencia el volumen y la importancia de las investigaciones en curso y la gran diversidad en lo que se refiere a la procedencia de los investigadores de toda Europa y de América. La publicación de las Actas, subvencionada por el Ayuntamiento de Valencia en dos tomos y más de novecientas páginas ha dejado constancia de sus estimulantes resultados. La riqueza documental que en Segorbe vino a depositarse es, sin duda, causa primera de que se viera favorecida la investigación, el estudio, la realización de no pocas tesis doctorales y de maestría, y de artículos y monografías que en los últimos años se han multiplicado, tanto en Universidades de nuestro país como del resto de Europa y América. Ya durante el congreso de 1993 se planteó la necesidad de realizar una edición crítica de las obras completas, y el proyecto quedó confiado al catedrático Joan Oleza, que ya había participado activamente en la preparación y la realización del congreso, durante el cual se le impuso a Aub a título póstumo la medalla de oro de la Universidad de Valencia en un acto en el que la *laudatio* fue encomendada a su amigo y compañero de generación Don Francisco Ayala.

El proyecto, con el patrocinio de la Biblioteca Valenciana y la Institución Alfonso el Magnánimo, ha dado origen a la edición actualmente en curso de los trece volúmenes de gran tamaño, confiados a los más importantes investigadores de los distintos aspectos de su obra, con amplios estudios introductorios, colación de variantes, notas y glosarios. En el momento de redactar este trabajo (marzo de 2003) han salido ya cinco tomos, de los que el primero contiene su obra poética completa, dirigido por el profesor y poeta Arcadio López Casanova. En el segundo se editan las dos primeras novelas del *Laberinto mágico* a cargo de quien suscribe y del profesor de la Universidad de Salamanca José Antonio Pérez Bowie, autor en 1985 de la excelente edición crítica de *La calle de Valverde* en la colección Letras Hispánicas de Eds.Cátedra, una de las pocas existentes con anterioridad a este proyecto. En el tercero aparecen los dos tomos siguientes del Laberinto, a cargo de dos jóvenes investigadores maxaubistas formados en la Universidad de Valencia, Luis Llorens Marzo y Javier Lluch Prats, este último actualmente profesor en la Universidad de Bolonia, y autor de una definitiva tesis doctoral sobre la novela *Campo del Moro*. El cuarto completa la serie del Laberinto, a cargo del catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid

Francisco Caudet, que ya había hecho en 2000 una edición de *Campo de los almendros* para la colección de Clásicos Castalia, y ahora con la colaboración de Luis Llorens Marzo. En el tomo VII-A se edita el *Primer teatro*, a cargo del profesor Joseph Lluís Sirera, también de la Universidad de Valencia, con la colaboración de Manuel Diago, Fernando Latorre y Remei Miralles, y el tomo VII-B el *Teatro breve escrito en México*, al que se añaden *Los muertos* y el mencionado inédito *El hombre en el balcón*, realizado por la profesora Silvia Monti, de la Universidad de Verona, con la cooperación de Carmen Navarro, de la misma universidad italiana, para las notas y glosarios.

El interés por la obra de Aub se ha estimulado igualmente por la organización de dos exposiciones, ambas en el marco del Museo de Bellas Artes de Valencia, y ambas perennizadas con catálogos impresionantes. La primera, en torno a la obra *Jusep Torres Campalans*, aquella sorprendente ficción con la que Aub consiguió provocar durante algún tiempo la confusión entre realidad e invención, dando por auténtica la persona y la obra pictórica de un personaje que en los años de la vanguardia parisina habría sido amigo y compañero de Picasso. Obra que en su totalidad había sido realizada por el propio Aub, y que se presentaba en cada una de las exposiciones que acompañaron a cada edición sucesiva: México, París, Nueva York, etc. Hoy esas obras se conservan en colecciones particulares, y un pintor como Antonio Saura no sólo las coleccionaba sino que en el curso dedicado a Aub en El Escorial durante el verano de 1997, nos ofreció una conferencia sobre este " pintor imaginario", que en el volumen *Max Aub: veinticinco años después*, de la Editorial Complutense queda recogida, junto a las demás conferencias del curso. El catálogo, titulado *Max Aub: Jusep Torres Campalans*, editado por la Generalidad Valenciana en dos tomos, recoge la exposición de enero a mayo del año 2000 y una impresionante Documenta, con un total de 876 pp. e ilustraciones. Manuel García, el comisario de esta exposición, ha vuelto en este año del centenario a preparar otra dedicada a "El Universo de Max Aub" que del 20 de enero al 30 de marzo ha impresionado a sus numerosos visitantes, y cuyo catálogo de gran formato y 478 páginas, es fiel reflejo de su importancia.

Para la demostración de lo fundado de mi optimismo en cuanto al presente y el futuro del interés por Aub y del lugar cada vez mayor que ocupa en nuestra historia literaria, remito al lector a comparar el volumen de la versión más antigua de

mi trabajo bibliográfico que dí en bautizar *Maxaubiana* cuando la presenté por primera vez en 1992, durante el curso de verano sobre Aub que organizó González Sanchis bajo la tutela de la Universidad Jaume I de Castellón, con la última versión acaba de aparecer en la revista *Laberintos*, un anuario de estudios sobre los exilios culturales españoles publicado por la Biblioteca Valenciana, del que el primer número, el de 2002, está dedicado monográficamente a Max Aub. Versión a la que, un año después de haberla entregado, puedo añadir medio centenar de nuevas entradas relativas tanto a nuevas ediciones de sus obras como a reseñas, estudios y tesis en torno a su persona y su obra.

El interés por la persona y la obra de Aub está inspirando últimamente a los creadores. Se ha rodado un filme, coproducción de Televisión Española y la Generalitat, en el que se mezclan ficción y documentalismo, que debe estrenarse este año del centenario, y en el que la figura de Aub está personificada por Juan Echanove, un excelente actor de cine que, por cierto, ya hizo una muy notable personificación del enemigo íntimo de Aub, el mismísimo Francisco Franco. Y una de los numerosos jóvenes investigadores de la obra de Aub, que recientemente defendió su tesis doctoral sobre la narrativa breve de Aub en la Complutense, M^a Paz Sanz Álvarez, acaba de terminar una novela sobre la vida de Aub, atribuyendo la voz narrativa a otro célebre personaje de Max Aub, Luis Alvarez Petreña, que resucita una vez más para devolverle la cortesía a su creador.

Y a todos estos copiosos aportes hay que prever lo que significará la convocatoria del segundo congreso internacional previsto para este año del centenario. En principio, estaba anunciada su celebración para abril en Valencia, pero la avalancha de comunicaciones y de ponencias, unida a la multiplicación de los organismos empeñados en su realización ha hecho que el congreso se gemine en dos, de los cuales el segundo se celebrará en otras fechas del mismo mes en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, organizado por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, que preside Luis Miguel Enciso Recio. Por ello no es en absoluto aventurado predecir que cuando la nueva versión de *Maxaubiana* aparezca en la segunda edición de mi libro *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*, en este año del centenario, nuevamente quedará obsoleta el día mismo de su publicación. El gran maestro de la filología española don Ramón Menéndez Pidal, en un enjundioso prefacio al *Diccionario general ilustrado de la lengua española* de otro gran maestro de

lexicógrafos, D. Samuel Gili i Gaya, afirmaba que quienes emprenden tales labores sobre el acervo de una lengua tan viva y extendida como la nuestra, deben resignarse al hecho de que sus diccionarios, al día siguiente de su aparición ya tengan una buena addenda disponible para la próxima edición, y así ha de ser mientras esté viva la lengua. Quien no quiera correr eternamente tras de semejante y prolífica liebre, que se dedique a hacer el diccionario de una lengua muerta. Si esto es cierto respecto de una lengua viva, lo es también de quienes andamos detectando los resultados del interés que suscita una obra literaria, de cuya vitalidad la mejor prueba no es tanto la constancia de sus reediciones como el incremento de los estudios, las investigaciones y las publicaciones que sobre ella se hacen. El puesto privilegiado que Max Aub ocupa hoy en el parnaso español o, como ahora se dice, en el canon, parece ya irreversible, por mucho que nos convoque a prudencia aquella afirmación de Paul Valery según la cual nadie sabe lo que mañana seguirá vivo o muerto en la historia de las literaturas. El hecho mismo de haber saltado por encima de ese purgatorio al que se dice está condenada la obra de los difuntos, del que nunca se sabe si realmente se trata de purgatorio o de perenne infierno, no deja de ser un síntoma de buena salud para la de nuestro Max Aub, de cuya nueva vida se podría decir, parodiando a lo que siguen diciendo de la voz de Carlos Gardel sus incondicionales : Max Aub cada día escribe mejor, mal que le pueda pesar a algún envidioso de su gremio.